

IDENTIDAD EN CONSTRUCCIÓN

Por Alberto Peralta de Legarreta

Ilustración de Víctor Manuel García Bernal

Sentémonos a la mesa, como lo haría cualquier mexicano orgulloso de sus valores familiares y de sus alimentos “únicos”, y analicemos lo que se considera gastronómicamente mexicano.

La simple territorialidad es insuficiente para definir lo identitario de un producto cultural humano. En el caso de un platillo, éste no puede considerarse mexicano sólo por haber sido concebido dentro de los límites geopolíticos del país; lo que le concede un valor de identidad o de nacional es el uso que le dan sus consumidores. Asimismo, la adopción de platillos, utensilios y modos de comer en México es consecuencia de una larga tradición gastronómica, pero también de una serie de decisiones políticas que buscan establecer valores comunes para la convivencia y la consolidación de una identidad oficialmente homogénea.

La gastronomía de un país es casi siempre una invención, o en el mejor de los casos, una construcción histórica. En México, muchos de los platillos que consumimos –causa de un orgullo a veces sólo con tintes emocionales– cumplen con incluir ingredientes locales e incluso ostentar nombres en lenguas indias. Hay que aceptar que no serían lo mismo si en ellos no se aplicaran técnicas de cocción ajenas y condimentos venidos de lugares remotos. Pensemos, por ejemplo, en un “mexicanísimo” pozole, idea antigua que sin embargo hoy se nos muestra profundamente alterada –para bien, desde luego– por “pequeños ajustes” mediterráneos y asiáticos, como la cebolla, los rábanos, la lechuga, la carne de puerco y el jugo de limón. La inclusión de posibilidades culinarias ajenas en lo que hoy llamamos gastronómicamente mexicano es una muestra de la enorme flexibilidad de nuestra cultura –probablemente sea su vocación–, que lejos de sentirse invadida por otras ideas, se enriquece día a día al apropiarse de aquello que le parece conveniente y sabroso, construyéndose a sí misma a través del tiempo para definirse como única, y por ilógico que parezca, inimitable.

La apropiación de ingredientes y la idea de que éstos representan lo mexicano es tan efectiva que nos hace olvidar los orígenes e influencias extranjeras. Es natural: nuestra cultura gastronómica nunca debe dejar de construirse, pues de otro modo, estática y cerrada, estaría destinada a desaparecer.

